

EL CENTENARIO DEL PASO DE LOS ANDES

1817 - 1917

A mis alumnos de
Historia Argentina.

Celebramos en este año el primer centenario de una de las proezas más grandes de la historia patria, que es a la vez uno de los hechos bélicos más notables que recuerda la historia de la humanidad. Es de tal magnitud que sólo Aníbal al cruzar los helados Alpes, para derrotar en Italia a Sempronio y Escipión, y Napoleón al llegar en pleno invierno con sus jadeantes corceles a la humeante ciudad de Moscou, le igualan en grandiosidad. El ilustre general argentino que llevó a cabo esa hazaña inmortal, que en la actualidad es objeto de la admiración de sus compatriotas y aun del mundo todo, supo sintetizarla en estas palabras: «El ejército de los Andes puede gloriarse de que en 24 días ha hecho la campaña, cruzado las más altas cordilleras y dado la libertad a Chile» (1).

Antecedentes. — Después que Belgrano sufrió las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma (1814), el Gobierno nombró a San Martín para que reemplazara al general derrotado en el comando del ejército del Norte. Asumió el mando en Yatasto el 29 de enero de 1814, y habiendo bajado a Tucumán comenzó con ardor y celo a organizar el desmoralizado ejército.

Pronto se dió cuenta de que, no solamente no contaba con el apoyo del Gobierno (Posadas, influenciado por Alvear), sino que tenía un rival que el día menos esperado vendría a suplantarle. Este rival era Alvear.

Por otra parte como opinaba San Martín que era imposible derrotar a los realistas por el camino del Alto Perú, y más imposible aún, llevar por ese lado la guerra a Lima, prefirió renunciar, entregando el mando a Rondeau.

La idea de la empresa. — No bien arribó San Martín a las playas patrias y estuvo enterado de las circunstancias en que se lle-

(1) Documento inserto en la «Acusación contra «El Mercurio Peruano», Lima, 1833.

142 ta-
pesetas

1917

ductos
uye hoy
No sólo
, por la
edencias
experi-
rdial al
ros, sino
rio reco-
sibles en
ncia mis-
, opera-
que des-
recono-
esto el
o tratado
ias mer-
iendo en
de Adua-
ersos ór-

Alessandri
es. Estú-
los com-
sus alea-
construc-
los' colo-
abstancias
fibras tex-
as grasas,
materia-
umes, las
terias ali-
especies,
en conser-
varinas, fé-
neso, man-
nservadas,
150 tablas
las propie-
estudiadas
de ensayo.
ar indispen-

vaba adelante la guerra de la independencia, concibió la idea atrevida, pero muy razonable, de libertar primero a Chile, pasar después al Perú y plegarse por fin a Bolívar para terminar con él, la grande obra de la emancipación sudamericana.

Según el historiador A. Beccar Varela: «el proyecto del general San Martín de pasar los Andes para dar libertad a Chile y al Perú, fué discutido y convenido en la chacra de Pueyrredón y estando presentes en esas deliberaciones el general San Martín, el general Pueyrredón, el general Soler, el poeta Luca y algunos otros patriotas de aquella época» (1).

Sea verdadero o no este dato, lo cierto es que después de renunciar al mando del ejército del Norte, pasó San Martín a Mendoza y estando en esta ciudad pidió y obtuvo que le nombraran gobernador-intendente de Cuyo.

Ocupaba este cargo cuando con grande satisfacción suya supo que el Congreso de Tucumán había elegido Director al noble ciudadano Juan Martín de Pueyrredón, el brazo derecho de San Martín en la empresa que poco después llevó a cabo. Al bajar Pueyrredón de Tucumán a Buenos Aires, le salió al encuentro San Martín, y en Cruz del Eje (Córdoba) tuvieron una entrevista secreta en la que el Director aprobó la idea del general y le animó y ayudó para que la llevara a feliz término.

Preparación del ejército. — Pueyrredón cumplió sus promesas, de suerte que al llegar a Buenos Aires le aumentó en 3.000 pesos oro la cantidad de 5.000 que se le remitía; envió pertrechos de guerra, organizó un Estado mayor y agenció para San Martín el título de Capitán General. (2).

San Martín, por su parte, aunque muy decaído por sus enfermedades, comenzó con verdadero ardor a organizar el futuro ejército de Los Andes, que por base «no tuvo más que 180 hombres del batallón número 11, sin la menor instrucción, y malísima disciplina; el batallón número 7 con la fuerza de 450 plazas y unos 215 granaderos a caballo» (3).

Todas estas tropas fueron remitidas desde Buenos Aires. El resto del ejército fué reclutado en la provincia de Mendoza, «cuyo

(1) «San Isidro. Reseña Histórica», págs. 218 y 219. La chacra de Pueyrredón estaba en San Isidro y en la actualidad se denomina Quinta de Manuel Aguirre, residencia veraniega que fué del malogrado presidente Sáenz Peña.

(2) «Registro Oficial», números 969-992.

(3) San Martín, «Correspondencia», Bs. Aires, 1911, pág. 100.

patriotismo y sacrificios en aquella época, exceden toda ponderación» (1).

San Martín hizo en Mendoza cuanto pudo, no por la fuerza, sino ganándose las voluntades. El pueblo no sólo le amaba, le idolatraba. El sin embargo dueño de los corazones, expropiaba mulas, caballos y vacas; reclutaba jóvenes; imponía impuestos y sacaba recursos de cuantas maneras podía. Todo esto significaba un sacrificio para los buenos mendocinos, pero el modo cómo lo hacía todo el simpático general, les gustaba y cautivaba. El siguiente bando nos da a conocer cómo obraba San Martín: «Mendocinos! — 130 sables tengo arrumbados en el cuartel de Granaderos a caballo por falta de bravos valientes que los empuñen: el que ame a su patria y su honor venga a tomarlos. La Cordillera va a abrirse, mi deber me exige imperiosamente poner a cubierto este suelo de hombres libres. Para ello yo no deseo emplear la fuerza, pues cuento con la voluntad de estos bravos habitantes... A las armas, mendocinos; arrojemos a los realistas del desgraciado Chile y en el momento regresaréis a vuestras casas, cubiertos de gloria; esto os ofrece vuestro paisano, José de San Martín (2).

El ejército de Los Andes. — A este llamamiento de San Martín correspondieron más bravos de los que él pedía, entre ellos doce jóvenes de nacionalidad inglesa que con alegría se incorporaron al ejército de Los Andes. A principios de enero de 1817 constaba éste de 3.700 hombres de línea de las tres armas y 1.200 milicianos desarmados, empleados en la conducción de la artillería y cuidado de las caballadas. Para su manutención y uso tenía preparadas 700 reses, 1.600 caballos y 10.600 mulas. Los cañones y morteros fueron llevados en zorras; todos ellos como también innumerables balas y no pocos fusiles fueron fundidos y fabricados en Mendoza, bajo la dirección de Fray Luis Beltrán.

Antes de partir. — Un mes antes de partir, preparado ya el ejército de los Andes, dispuso San Martín que se procediese con toda solemnidad al juramento de las banderas.

(1) San Martín, «Correspondencia», Bs. Aires, 1911, pág. 101.

(2) El espíritu militar prevalecía en la época, alentado por el más ardoroso entusiasmo de amor a la patria. Hasta las escuelas se habían militarizado. La del Estado (en Mendoza) a cargo de don Francisco Madeiros, la particular del preceptor don Francisco J. Morales y la del convento de San Francisco, cada una con 200, con 300 niños formaban batallones con sus respectivos jefes, oficiales y clases; teniendo ejercicios doctrinales de la milicia los jueves en la tarde, bajo la dirección de un cabo o sargento veterano. El manejo del arma lo aprendían con cañas.

«La plaza principal de Mendoza fué el sitio preparado para ese espléndido acto. Desde muy temprano, en uno de los días (1) de diciembre de 1816 improvisóse un suntuoso altar inmediato a la puerta lateral de la Iglesia Matriz que correspondía a la misma plaza. Esta fué decorada con trofeos de armas y sus edificios ostentaban un lujo de colgaduras y banderas del más bello efecto. Toda la ciudad se encontraba engalanada con los colores patrios. Un gentío inmenso cubría el vasto cuadro y las avenidas del lugar destinado a esta marcial ceremonia, nunca vista por esos diez y seis mil o más espectadores. La naturaleza misma manifestábase risueña bañando con fulgente luz, con una brisa perfumada y tibia, «la ciudad famosa — nido que fué del águila argentina».

Se había colocado en aquel altar una preciosa imagen de Nuestra Señora del Carmen, a la que el general San Martín había regalado una bandera de la patria y un rico bastón de mando que se sostenían en la mano derecha, declarándola, en la advocación que representaba, Patrona del Ejército de los Andes. Allí se encontraban las banderas que iban a bendecirse, jurarse y repartirse a los cuerpos.

«A la hora conveniente el Ejército, de gran parada, se puso en marcha desde su campo de instrucción hacia la plaza, al son de las cuatro músicas militares que poseían sus cuerpos de infantería y las bandas de corneta de la caballería que se presentó montada, así como el regimiento de artillería. Llegado que hubo a ese sitio desplegó su línea cubriendo los cuatro costados de la plaza y parte de una de sus avenidas. Era grandioso, imponente, el espectáculo que allí presentaba este nuevo ejército de la República, creado, organizado, disciplinado y equipado en poco más de un año, a impulsos de la actividad, de la elevada inteligencia de su ilustre general en jefe, que había así ampliamente correspondido a la confianza que en él depositara el gobierno nacional y a los sacrificios que con tanta decisión y abnegación, secundándole, obtuvieron por la salud de la patria en peligro, los pueblos de Cuyo. Veíase en la actitud, en el porte marcial de esos soldados, el aplomo del veterano, el orgullo, retratado ya en sus rostros, del guerrero vencedor en cien combates y batallas. Parecía que presentían en sus pechos la alta fama, la

(1) Mitre («Historia de San Martín», tomo V, pág. 183) afirma que fué el 1.º de enero de 1817.

gloria in
independ

El
tado M
castrens
dez, cel
nia relig
y avanz
al ejérc
terística
a este ú
primera
murione

«¡L
do el a
tidos ex
su deci

Di
el ejérc

en ener
El
mando
enero y
cer cuc
ñeron
estos d

El

(1)
tórico d
al escri
cito de
ción: «
bie Ma
mordaz
segunda
del cues
fia Arg
tomo X
que le
termina
Europa
Nuestra
Aires»

llata, era de 63 leguas y el paso más alto por donde debía atravesar era de 3.924 metros.

San Martín con Soler y O'Higgins debían hacer un recorrido de 105 leguas y la mayor altura andina que debían salvar era de 3.437 metros.

El Paso de los Andes. — Solía decir San-Martín antes de pasar Los Andes: «Lo que no me deja dormir no es la resistencia que puedan oponer los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes» (1). El mismo San Martín contestando a varias preguntas del general Guillermo Miller le decía (2): «Las dificultades que tuvieron que vencerse para el paso de las cordilleras, sólo pueden ser calculadas por el que las haya pasado: las principales eran la falta de leña y sobre todo de pastos; el ejército arrastraba 10.600 mulas de silla y carga, 1.600 caballos y 700 reses, y a pesar de un cuidado indecible sólo llegaron a Chile 4.300 mulas y 511 caballos en muy mal estado, habiendo quedado el resto muerto o inutilizado en las cordilleras; 2 obuses de a 6 y 10 piezas de batalla de a 4, que marchaban por el camino de Uspallata, eran conducidas por 500 milicianos con zorras y mucha parte del camino a brazo y con el auxilio de cabrestantes para las grandes eminencias; los víveres para veinte días que debía durar la marcha, eran conducidos a mula, pues desde Mendoza hasta Chile por el camino de los Patos no se encuentra casa ni población y tienen que pasarse cinco cordilleras.

La puna o el soroche había atacado a la mayor parte del ejército, de cuyas resultas perecieron varios soldados, como igualmente por el intenso frío; en fin, todos estaban bien convencidos que los obstáculos que se habían vencido no dejaban la menor esperanza de retirada; pero en cambio reinaba en el ejército una gran confianza, sufrimiento heroico en los trabajos y unión y emulación en los cuerpos».

Política de San Martín. — Cualquiera de los desfiladeros o pasos de la cordillera «con un mal reducto de unos 50 hombres serían inatacables» y podrían fácilmente impedir el paso a un ejército de muchos miles de hombres. San Martín sabía esto y con su habitual destreza supo engañar al gobernador de Santiago y, con él, al ejército realista de Chile que fuerte de 7.613 hombres se dis-

(1) Mardoqueo Navarro, «Revista de Buenos Aires», tomo XXVIII, página 240.

(2) «Correspondencia», pág. 101.

ponía a resistir al enemigo. Con este fin tuvo San Martín un parlamento general con los indios Pegüenches, a quienes pidió paso por sus tierras para el ejército patriota, a fin de que el general enemigo creyese que el ataque se dirigiría por el Sud, punto por donde las cordilleras son más accesibles, estrechas y abundantes de pasto.

«De dicho parlamento resultó, escribe San Martín (1), que el general Marcó, que había cargado sus fuerzas en Aconcagua (por donde pasó el ejército de Los Andes), los trasladase a Talca y San Fernando, y por este medio sus fuerzas se hallaron divididas a nuestra entrada a Chile».

Muy bien ha podido escribir el señor Amunategui en su obra sobre la Dictadura de O'Higgins, que San Martín «desde Mendoza burló completamente a Marcó y su camarilla, y les persuadió cuanto le convino... Puede decirse que el general argentino los había derrotado desde su gabinete de Mendoza».

En el valle de Putaendo.—A principios de febrero se reunían en San Antonio de Putaendo las tres divisiones del ejército. La alegría de las tropas fué inmensa. Habían pasado los Andes y en breve se iba a decidir la suerte de Chile. Recordaban las palabras de San Martín: Chile será libre si conseguimos pasar esos gigantes montes. Los habían pasado y se encontraban ya frente a los enemigos que con tanto trabajo habían buscado.

El papel de Marcó del Pont.—Grande fué la sorpresa del gobernador don Francisco Casimiro Marcó del Pont cuando supo que San Martín, invadiendo por Uspallata y Los Patos, ya pisaba territorio chileno y sólo distaba unos setenta kilómetros de Santiago. Ordenó que las tropas se replegaran a la capital para cubrir el camino de la misma. Mientras el general Rafael Maroto ejecutaba estas órdenes con sus 7.613 hombres de línea y 800 milicianos armados y a sueldo, el gobernador Marcó del Pont preparaba su maleta para fugarse inmediatamente por mar a algún puerto del Perú. Mostró ser tan valiente como el virrey Sobremonte durante las invasiones inglesas. Marcó fué apresado y puesto en prisión.

Chacabuco. — Así se llamaba una cuesta que presentaba un camino viable a los que traspasaban los Andes por los pasos de Uspallata o de Los Patos. Sólo dista unos veinte kilómetros de Santiago. En esta cuesta de Chacabuco colocó Maroto el grueso de su ejército defendido en sus flancos por altos cerros. San Martín, de-

(1) «Correspondencia», pág. 100.

terminado a presentar batalla, dividió el ejército en tres cuerpos: el primero a las órdenes de O'Higgins que de frente debía atacar la línea enemiga; el segundo a las órdenes de Soler que debía atacar de flanco marchando secretamente detrás de los cerros hasta caer sobre el enemigo; el tercer cuerpo formaba la reserva. O'Higgins no debía atacar hasta que Soler que debía dar una larga vuelta estuviese ya sobre el enemigo, pero sanguíneo y bravo chileno se arrojó antes de tiempo sobre la línea enemiga.

Cuando San Martín llegó a temer por la suerte de la división de O'Higgins imprudentemente comprometida, mandó al coronel Zapiola que con sus bravos granaderos hiciera una carga a fondo al enemigo. Este coronel desbarató la infantería, arrolló la caballería y todo ello, según el parte oficial de San Martín, «con un esfuerzo instantáneo».

Los realistas abandonaron el campo de batalla, dejando en él 600 muertos además de 32 oficiales y 600 soldados prisioneros.

Tal fué la memorable victoria de Chacabuco ganada por las armas argentinas el 12 de febrero de 1817.

Después de Chacabuco. — «El eco del patriotismo resuena por todas partes a un mismo tiempo y al ejército de los Andes queda para siempre la gloria de decir: en 24 días hemos hecho la campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluimos con los tiranos y dimos la libertad a Chile». Así era en efecto, y podía gloriarse de ello el valeroso ejército de los Andes.

Enterrados los muertos y curados los heridos, marchó el ejército patriota hacia Santiago. El 14 de febrero San Martín acompañado de O'Higgins y de su selecto estado mayor y valientes generales (Alvarado, Cramer, Conde, Las Heras, Zapiola, Necochea, Melián, Ramallo y Escalada) penetró triunfante en la capital del reino de Chile. Al siguiente día el vecindario de la capital, reunido en cabildo abierto, confía a San Martín el mando supremo del Estado; pero él renuncia y al siguiente día es elegido en su lugar el benemérito don Bernardo O'Higgins.

Conquistada la capital de Chile, sueña ya San Martín en la futura expedición al Perú y con este objeto repasa los Andes y vuelve a Buenos Aires (2 de abril 1817).

San Martín en Mendoza. — El 16 de febrero se supo en Mendoza la noticia del triunfo de Chacabuco. La alegría de aquel pueblo abnegado y patriota no tuvo límites. Cuando volvió a Buenos Aires pasando por Mendoza, los mendocinos le prepararon «una

fiesta de triunfo, no obstante haber hecho él todo lo posible para excusarse de ella.

Mendoza estaba de gala un día antes. Un inmenso pueblo se apostó desde muy temprano en la larga calle... Los árboles que la enfilaban a los costados y los edificios todos estaban adornados con banderas, gallardetes y hermosas colgaduras de azul y blanco; arcos triunfales vistosamente decorados de trecho en trecho, cubriendo sus ángulos escudos alusivos y magníficos trofeos militares.

El estampido del cañón anunció la aproximación del ilustre triunfador, y las salvas de artillería, los repiques de campanas de diez templos, los vivas de ocho a diez mil personas que se arremolinaban al paso, como un torbellino, atronaban el aire.

Al aparecer el General en presencia de éste su bien amado pueblo, fué tomado en brazos desde su caballo y transportado así, en un largo trayecto, hasta la casa de su amigo el ciudadano don Manuel Ignacio Molina, en la plaza principal» (1).

Fin de la dominación española. — Al avanzar el ejército patriota desde Talcahuano, a donde había ido en persecución de los últimos restos del ejército realista, sufrió el desastre de Cancha Rayada, llevada a efecto por la intrépida audacia de un militar español, antiguo compañero de armas de San Martín, el bravo general Ordóñez. Pero San Martín pudo reorganizar sus fuerzas, y presentar poco después la memorable batalla de Maipú que terminó para siempre con el dominio europeo en suelo chileno.

La obra de San Martín juzgada por un historiador español. — «La pérdida del reino de Chile fué un suceso de inmensa trascendencia para las armas españolas. Sabíase que hacía tiempo organizaba el general San Martín un ejército con este objeto en Mendoza, a la banda oriental de la cordillera de los Andes. Las tropas realistas componían entonces una fuerza de siete mil hombres, pero el astuto enemigo supo distraer de tal modo la atención del general Marcó del Pont, que lo hizo inducir en el gravísimo error de pretender cubrir una línea de muchas leguas de extensión, quedando por consiguiente débil en todas sus partes. Obtenido este deseado resultado, se puso San Martín en marcha con 4.200 hombres de línea y 1.200 milicianos. La imparcialidad exige confesar, que la pronta organización de su ejército en Mendoza, con las dificultades

(1) Hudson, «Recuerdos de Cuyo», tomo I, pág. 32. |

que ofrece el país, la invasión de Chile y su entendida ejecución, recomiendan el mérito de San Martín» (1).

Juicio de San Martín. — Se ha dicho con razón que la historia de San Martín se puede condensar en esta frase: «Un niño humilde que nace, una inteligencia que organiza, una voluntad que vence, un mártir que se inmola» (2). Nació para ser grande y lo fué siempre que su deber, su conciencia y su Dios le permitieron serlo. Jamás se abrigó en su noble alma, la ambición y el egoísmo. Aún renegado por los suyos, perseguido por los extraños y calumniado por unos y por otros, él siempre grande, siempre generoso, siempre digno, se envuelve en el manto de su conciencia immaculada, convierte su pecho de granito en tumba de pasiones y, titán de la fortaleza y de la resignación, muere silenciosamente en tierra extranjera, legando su corazón tan magnánimo a tan olvidadizos contemporáneos.

El pueblo argentino reconocerá siempre en San Martín al héroe de su independencia, a su Napoleón, a su Wellington, a su Nelson y a su Moltke, pero no debe olvidar jamás que fué él superior a todos ellos, porque supo ser como ellos, bravo en los combates, rígido en la disciplina, matemático en la acción y fué superior a ellos en la rectitud de sus miras, en no haber buscado jamás exigencias de vasallaje, ni ambición de honores. Su alma bien templada estaba hecha así a derrotar legiones como a sacrificar en aras de la patria su bien y su gloria.

GUILLERMO FURLONG.

Mar del Plata, febrero 12 de 1917.

(1) General García Camba, «Memorias», tomo I, pág. 359-360.
(2) Pearson, «El Pueblo», número del 12 de febrero 1917.